

Políticas culturales y relaciones centro-periferia en los 90

¿Cómo se están transformando, en el actual proceso de globalización económica y cultural, las relaciones entre centro y periferia? Responder a esta pregunta es indispensable para renovar el estudio y el diseño de las políticas culturales.

La tesis inicial es que la transnacionalización de los mercados de bienes simbólicos, las migraciones masivas y las nuevas formas de integración supranacional han vuelto obsoletas las políticas destinadas exclusivamente a la preservación y el desarrollo de culturas nacionales supuestamente autónomas. Por eso, nos preguntaremos –tomando como horizonte los acuerdos de libre comercio e integración regional que se gestionan actualmente– cómo podrían concebirse políticas eficaces para intervenir en las nuevas condiciones de asimetría e interacción desigual que organizan las relaciones entre centro y periferia en este fin de siglo.

Qué cambió en los últimos 20 años

Durante los años sesenta y buena parte de los setenta los vínculos entre centro y periferia eran pensados bajo el modelo de la dependencia: lo que ocurría en los países subdesarrollados parecía determinado por la expansión cultural, económica y política de las naciones imperialistas. Los estudios realizados en el marco de la teoría de la dependencia ayudaron a conocer algunos dispositivos utilizados por los centros internacionales de producción científica, artística y comunicacional que condicionaban, y aún condicionan, el desarrollo en los países periféricos. La persistente asime-



tría entre lo que los dependientistas llamaban el Primer y el Tercer Mundos, y el intercambio desigual de bienes, mensajes y capitales entre uno y otro, confiere aún cierta verosimilitud a esas posiciones. Sin embargo, los cambios ocurridos en las últimas décadas en las interacciones entre ambos mundos y en las condiciones tecnológicas e industriales de producción y comunicación cultural no pueden ser explicados desde ese modelo polar y esquemático. Hay al menos tres clases de procesos que requieren reformular el paradigma de análisis: a) La reorganización transnacional de los mercados culturales por las nuevas tecnologías (televisión, video, satélites, fax, fibras ópticas, etc.) volvió obsoleta la pretensión de las políticas culturales nacionalistas de atrincherarse en repertorios folclóricos regionales. La cultura

nacional, que se concebía como expresión de un ser colectivo, es vista ahora como una construcción histórica, en buena medida imaginaria, que se reorganiza constantemente al interactuar con bienes y mensajes transnacionales.

Varios estudios sobre consumo cultural que realizamos recientemente en México muestran el predominio de los medios electrónicos de comunicación sobre las ofertas culturales locales (del barrio, la propia ciudad o región). No llega al 10% el sector que se relaciona con la cultura institucionalizada (cine, teatro, concierto, salones de baile), ni tampoco supera ese porcentaje la franja de quienes dicen asistir regularmente a espectáculos o fiestas en que se manifiestan las culturas populares tradicionales. Si esto ocurre en un país como México, con fuertes tradiciones étnicas

y populares, más promovidas por el Estado que en otras sociedades, es imaginable que en los demás la vida simbólica local cuenta aún con menos eco. En tanto, encontramos que el 95% de los hogares de la ciudad de México tiene televisión, el 87% radio y el 52% videocassetas: estas cifras, junto con las referencias dadas sobre el alto porcentaje de tiempo que esos aparatos ocupan en el uso del tiempo libre, revelan una reorganización de los hábitos culturales, cada vez más dedicados a los mensajes audiovisuales que se reciben en la casa y que expresan códigos internacionales de elaboración simbólica.¹ La mayor parte de la información y el entretenimiento de las mayorías procede de un sistema deslocalizado, internacional, de producción cultural, y cada vez menos de la relación diferencial con un territorio y con los bienes singulares producidos en él.

b) Este avance creciente de la cultura audiovisual transmitida por medios electrónicos puede sugerir una presencia mayor de la cultura metropolitana y un predominio sobre las culturas "propias" de los países periféricos. Esto es parcialmente cierto, sobre todo en las naciones con industrias culturales poco desarrolladas. Sin embargo, la situación se muestra más compleja si miramos lo que ocurre en casos como Brasil y México, donde la masificación e industrialización de la cultura no implica totalmente —como se suponía en los sesenta y setenta— una mayor dependencia de la producción extranjera. De 1971 a 1982 la proporción de películas brasileñas en las pantallas de ese país creció del 13.9 al 35%. Los libros de autores nacionales, que ocupaban el 54% de la producción editorial en 1973, subieron al 70% en 1981. También se escuchan más discos y cassetes nacionales, mientras descienden las ventas de importados. En 1972, un 60% de la programación televisiva en Brasil era extranjera; en 1983, bajó al 30%. Simultáneamente con esta tendencia a la nacionalización

de la producción cultural, Brasil se ha convertido en un agente muy activo del mercado internacional exportando telenovelas. Como llega a penetrar con esos programas en países centrales, alcanzó a ser el séptimo productor mundial de televisión y publicidad, y el sexto en discos. El sociólogo Renato Ortiz extrae esta conclusión: pasamos "de la defensa de lo nacional-popular a la exportación de lo internacional-popular"².

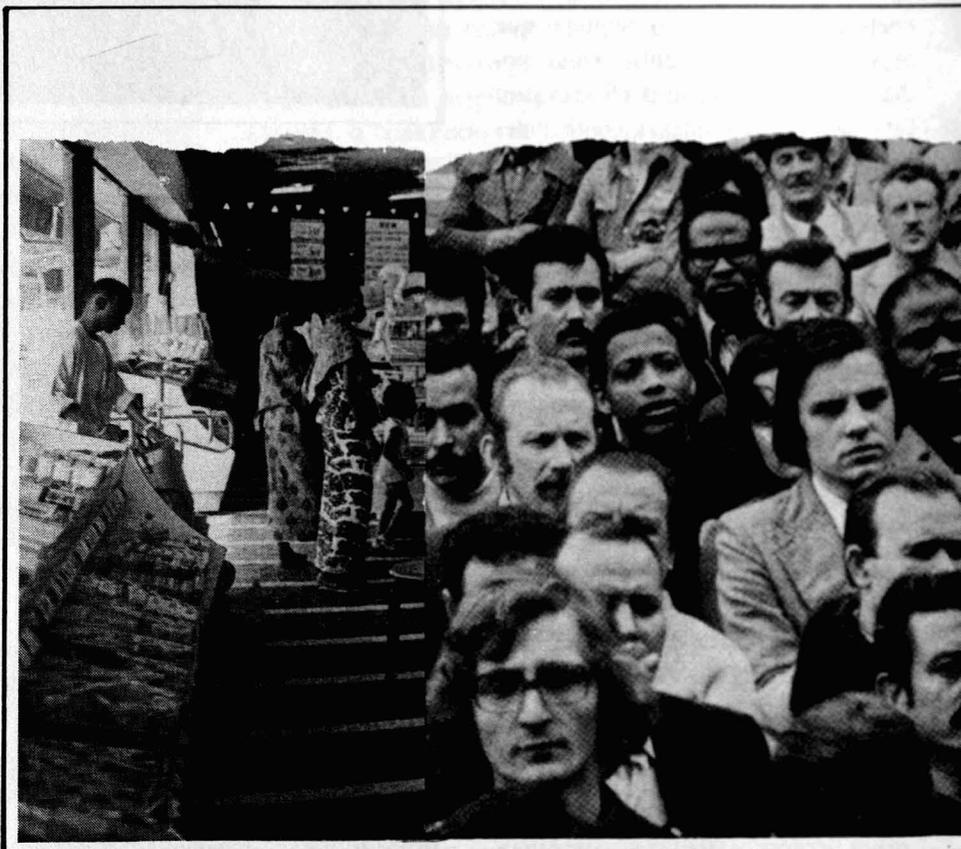
El crecimiento de esta tendencia opuesta a la imposición de bienes culturales del centro sobre la periferia no es generalizable a muchas naciones. Tampoco elimina las preguntas de cómo distintas clases se benefician y son representadas con la cultura de cada país. Pero esta reorganización de las direcciones de producción, circulación y consumo cuestiona la asociación "natural" que solía hacerse de lo popular con lo nacional y la oposición igualmente apriorística de lo nacional con lo internacional.

c) En tercer lugar, las migraciones masivas de muchos países periféricos a las

² Renato Ortiz, *A moderna tradição brasileira*, São Paulo, Brasiliense, 1988, pp. 182-206.

metrópolis exigen también reformular el maniqueísmo con que solía representarse la oposición entre culturas centrales y periféricas. Desde mediados de este siglo las migraciones de los países dependientes a EU y Europa dejaron de ser actividades exclusivas de escritores, artistas y políticos exiliados. No ha disminuido la asimetría entre las metrópolis y los países latinoamericanos, pero ya no podemos explicar mediante el esquema unidireccional de la dominación imperialista la dinámica presencia socio-cultural de 20 millones de mexicanos, centro y sudamericanos en los EU: según cálculos recientes, son un 38% de la población total de Nuevo México, 25% en Texas y 23% en California. El enorme mercado en español en EU de bienes que circulan en inglés pero surgen de matrices culturales latinoamericanas, ha llevado a una presencia muy dinámica de lo "hispanico" en la cultura norteamericana. Algunos de los indicadores que lo muestran son las más de 250 estaciones de radio y televisión en castellano, más de 1 500 publicaciones en la misma lengua y un expansivo interés por la literatura, la música y las artes plásticas "étnicas" o "periféricas".

Al percibir el peso creciente de las



¹ Néstor García Canclini, Mabel Piccini y Patricia Sifa, *El consumo cultural en México*, comunicación presentada en la reunión del Grupo de Políticas Culturales de CLACSO, São Paulo, junio de 1990.

culturas latinoamericanas en las metrópolis, sus efectos en los mercados simbólicos, en los centros culturales y en la vida cotidiana, algunos antropólogos hablan de una "implosión del Tercer Mundo en el Primero". Las nociones de comunidades cerradas y autosuficientes, culturas nacionales totalmente autónomas o "auténticas", ya no pueden ser sostenibles, dice Renato Rosaldo, "excepto quizá como una 'ficción útil' o una distorsión reveladora".³ Otro antropólogo, Roger Rouse, que estudió cómo los migrantes mexicanos a California se comunican fluidamente con sus amigos y parientes que siguen en México a través de la circulación continua de personas, dinero, mercancías e información, cuestiona también el uso de la noción de comunidad y de la oposición entre centro y periferia. Se suponía, dice él, que los vínculos entre miembros de una comunidad serían más intensos al compartir un territorio único, pero aun en sectores indígenas o populares con bajo nivel económico y educativo se observan interacciones in-

tensas entre grupos que están a dos mil millas de distancia, en países diferentes.

En cuanto a la polaridad centro/periferia, se veía como "expresión abstracta de un sistema imperial idealizado", en el que las gradaciones de poder y riqueza estarían distribuidas concéntricamente: lo mayor en el centro y una disminución constante a medida que nos movemos hacia zonas circundantes. El mundo funciona cada vez menos de este modo. Necesitamos, reclama Rouse, "una cartografía alternativa del espacio social", basada más bien en las nociones de circuito y frontera.⁴

Una nueva agenda de investigación y política

Estos desarrollos desterritorializados de la cultura, que intensifican los intercambios multidireccionales, cuestionan el paradigma binario y polar con que se pensaban las relaciones entre centro y periferia. Sin embargo, no clausuran la asimetría ni las desigualdades, no di-

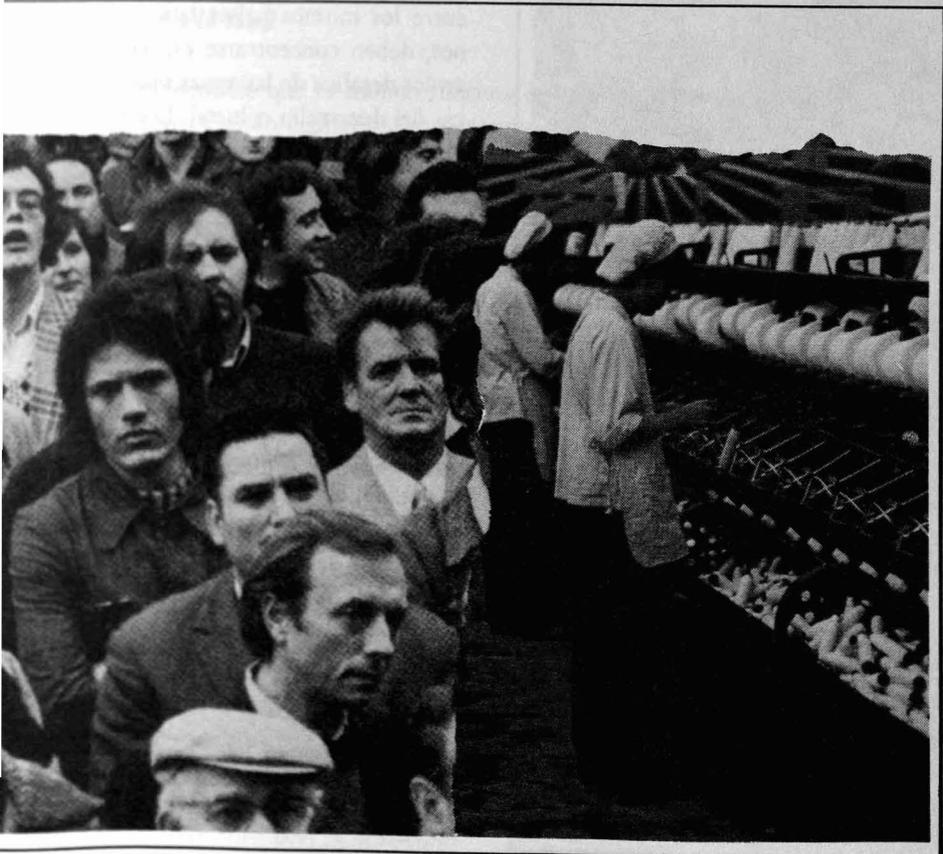
³ Renato Rosaldo, *Culture and Truth. The Remaking of Social Analysis*, Boston, Beacon Press, 1989, p. 217.

⁴ Roger Rouse, "Mexicano, Chicano, Pocho. La migración mexicana y el espacio social del posmodernismo", *Página Uno*, suplemento de *Unomásuno*, 31-12-88, pp. 1-2.

suelven las preguntas por la identidad y la soberanía nacional; más bien las recoclocan en un escenario multifocal, lleno de cruces, atravesado por estrategias multideterminadas. Vamos a proponer algunos de los problemas y perspectivas de análisis que, a nuestro juicio, podrían ayudar a avanzar en la situación presente.

1. La globalización de la economía y la creciente interdependencia fomentada por la transnacionalización de las industrias culturales adquieren formas específicas en los países de América Latina, como consecuencia del debilitamiento de los aparatos estatales y del empobrecimiento de las economías periféricas. Los latinoamericanos estamos incorporándonos a los procesos de regionalización con acuerdos y proyectos propios de integración latinoamericana. Pero la recesión o el estancamiento de nuestras economías durante los ochenta, la hemorragia de la deuda externa, las caídas en la inversión estatal y privada, la reducción de la producción y el consumo cultural, nos colocan en pésimas condiciones para integrarnos e intercambiar nuestros bienes. Los Estados se retiran de la promoción cultural: en Brasil ha vuelto a subir la proporción de cine extranjero en los últimos años por el simple hecho de que el gobierno cerró Embrafilme y la producción nacional bajó a tres o cuatro películas por año. Algo semejante se observa en las industrias del libro y los discos, incluso en países que habían tenido un alto nivel productivo, como la Argentina. Se promueve la integración cultural latinoamericana en el momento en que tenemos menos para intercambiar y el empobrecimiento de los salarios disminuye el consumo de las mayorías.

2. Con frecuencia se habla de la fortaleza que nos daría en los procesos de integración o en los acuerdos de libre comercio con los Estados Unidos la vitalidad y riqueza históricas de las culturas latinoamericanas. Efectivamente, no veo razones para tener una visión apocalíptica respecto de las culturas popular-tradicionales. Si quinientos años de subordinación —primero colonial, luego a las élites modernizadoras— no extin-



guieron las culturas regionales y nacionales, no entiendo cómo podría lograrlo el actual movimiento de planetarización. Sin embargo, es previsible que la integración subalterna que ahora nos proponen los países centrales (especialmente EU) tenga algunos efectos parciales y rápidos en las áreas más dinámicas de la producción, circulación y consumo de cultura: las que implican el uso de tecnologías complejas y altas inversiones financieras.

Esta subordinación muy asimétrica no ocurrirá del mismo modo para los diversos sectores sociales. Las nuevas tecnologías culturales se aplican en forma segmentada: por una parte, en las redes de comunicación masiva dedicadas a los grandes espectáculos de entretenimiento (radio, cine, televisión, video); por otro lado, en circuitos restringidos de información y comunicación destinados a quienes toman decisiones (comunicación por satélite, fax, teléfonos celulares, conexiones exclusivas con bancos de datos mediante fibra óptica, computadoras y modem). En la primera línea –la producción de mensajes recreativos e información para mayorías– los países más desarrollados de la periferia

(Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Venezuela, México) disponen de recursos tecnológicos, económicos y humanos para generar con cierta autonomía su producción nacional y quizá expandirse en la región. En la segunda –la información, el *know how* y la cultura para tomar decisiones e innovar– todo indica que la distancia y la desigualdad entre centro y periferia tienden a agravarse.

3. ¿Cómo elaborar políticas culturales, científicas y educativas que contribuyan a la democratización y el desarrollo de nuestras sociedades en estas condiciones? No veo otra salida que revertir la tendencia a la privatización de las decisiones, que no es transferencia del Estado a la sociedad civil sino transferencia de la función estatal a los grupos más concentrados del capital nacional y transnacional. A diferencia de lo que se sostenía en los sesenta y setenta, no creo que el refortalecimiento necesario de los Estados deba hacerse en nombre de un nacionalismo telúrico. Para reencontrar un papel de los Estados en la actual coyuntura es necesario repensar su concepción y sus funciones como agentes del interés público en medio del

cruce nacional e internacional de fuerzas económicas y culturales. El Estado, concebido como un espacio democrático y plural, es indispensable para evitar el reduccionismo de los bienes y las búsquedas culturales a mercancías, para defender todo lo que en la vida simbólica de las sociedades no puede ser comercializable: por ejemplo, los derechos humanos, las innovaciones estéticas, la construcción colectiva del sentido histórico.⁵

4. El estudio de las políticas culturales en América Latina demuestra una vocación casi unánime de éstas para de-subicarse en el actual contexto internacional. Suelen reducirse a preservar patrimonios monumentales y folclóricos dentro de la concepción más tradicionalista y restringida de la nación; se apoyan las artes cultas que sólo alcanzan a públicos minoritarios (plástica, literatura, etc.); se reproduce, en suma, una concepción del desarrollo cultural que dejó de ser hegemónica a mediados de este siglo. Si bien estas tareas siguen siendo necesarias –y en muchos casos es urgente que se eleven los presupuestos para evitar la asfixia de partes vitales del arte y la cultura– los procesos de integración regional centro-periferia, y entre los mismos países latinoamericanos, deben concentrarse especialmente en los desafíos de las zonas más dinámicas del desarrollo cultural. Los cambios que están ocurriendo en las relaciones socioculturales y tecnológicas exigen repensar las nociones de cultura, nación y Estado, y reencauzar las políticas culturales en las condiciones transnacionales establecidas en los mercados simbólicos contemporáneos. Sólo a partir de esta reformación pueden adquirir un nuevo sentido y mayor eficacia los proyectos de solidaridad latinoamericana: si los situamos en las actividades más dinámicas e influyentes en relación con las necesidades de las mayorías, en la democratización de la información y la participación social. ♦



⁵ Para un tratamiento más amplio de estas cuestiones, véase mi libro *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México, Grijalbo-CNCA, 1990.